

LA EDUCACIÓN AMBIENTAL COMO UNA HERRAMIENTA FRENTE A LA VIOLENCIA

Autor:

Carlos Rungruangsakorn

Dr. Ciencias Sociales, Mg. en Asentamiento Humano y Medio Ambiente, y administrador Público, funcionario Ministerio del Medio Ambiente, docente de la Universidad de Chile y la Universidad Autónoma de Chile.

Palabras clave: educación ambiental; prevención de la violencia; convivencia escolar; cultura de paz; ética del cuidado.



“Tamaulipas, México, alumnos golpearon brutalmente al director de un plantel, reabriendo el debate sobre violencia escolar; la SEP anunció actividades de reflexión y una jornada por la paz” (El País, 18 de septiembre del 2026)

“Fomentan jóvenes un medio ambiente sano; sembrarán 20 mil árboles en varios puntos del estado” (El Sol de Tlaxcala, 4 de septiembre 2024)

“En Punta Arenas, Chile, el municipio enfrena millonarios gastos por vandalismo en plazas y mobiliario urbano” (Diálogos del Sur, 20 de enero del 2025)

“Limpieza de playa en Lolléo: estudiantes del Green Team promueven el cuidado del borde costero” (Sitio Forjadores Ambientales, 24 de abril del 2026)

“Las agresiones en Escocia, contra docentes aumentaron 55% en dos años, superando los 35.000 incidentes en el último año escolar reportado” (BBC, 18 de mayo del 2026)

“Carrifran Wildwood es un proyecto comunitario de restauración ecológica en el sur de Escocia. Comenzó con voluntarios plantando árboles nativos y hoy suma cerca de 750.000 árboles, recuperando hábitats y biodiversidad” (The Guardian, 20 de marzo 2024)

“En Filipinas se ha reporta que al menos 97 jóvenes estaban siendo monitoreados por influencia de contenidos violentos y supremacistas; al menos dos planificaban actos de violencia” (Reuters, 10 de marzo 2026)

“En Filipinas, el Departamento de Educación impulsó una jornada nacional de plantación de árboles en escuelas públicas. La iniciativa buscó que niños y jóvenes aprendieran responsabilidad ambiental, cuidado del entorno escolar y adaptación frente al calor y el cambio climático.” (Sitio Philippine Information Agency)

Los titulares anteriores muestran dos caminos profundamente opuestos. Por una parte, la violencia, el vandalismo y la destrucción del otro; por otra, experiencias comunitarias de cuidado, restauración y cooperación vinculadas a la educación ambiental. El contraste también refleja dos maneras distintas de relacionarse con el entorno y con las demás personas.

La violencia contemporánea se ha infiltrado en diversos espacios de convivencia humana, manifestándose con especial preocupación en los entornos educativos y comunitarios. En el ámbito escolar, las situaciones violentas abarcan desde insultos y maltrato emocional hasta acoso escolar o bullying, caracterizado por una agresión reiterada y sostenida en el tiempo bajo relaciones de desequilibrio de poder e intimidación constante entre compañeros (Serrano, 2006).

La violencia puede comprenderse como una agresividad alterada por factores socioculturales, es decir, una conducta intencional y dañina (Sanmartín, 2006). Desde una perspectiva socioestructural, también puede entenderse como una fuerza que rompe límites, desintegra vínculos y afecta profundamente la convivencia humana (Han, 2013). El fin último de la violencia, es la destrucción de la otredad en distintos grados y modos. Sus consecuencias son devastadoras: depresión, ansiedad, miedo, trastornos psicosomáticos, abandono escolar e incluso ideas suicidas en casos extremos (Echeburúa y Guerricaechebarria, 1998; Serrano, 2006).

Las estadísticas internacionales muestran una situación alarmante. Según UNESCO, uno de cada tres estudiantes sufre *bullying* al menos una vez al mes a nivel mundial. UNICEF, por su parte, ha estimado que más de 150 millones de estudiantes entre 13 y 15 años han sufrido violencia entre pares dentro o cerca de la escuela.

Frente a este escenario, la educación ambiental emerge como una herramienta pedagógica y formativa con un potencial pocas veces considerado dentro de las estrategias de prevención de la violencia. Más allá de transmitir conocimientos ecológicos, la educación ambiental fomenta disposiciones sociales contrarias a la violencia: empatía, cooperación, responsabilidad compartida, sentido de pertenencia y cuidado de la vida.

Diversas investigaciones respaldan esta idea. Por ejemplo, Younan et al. (2016) demostraron que la exposición a espacios verdes urbanos se asocia con una reducción de comportamientos agresivos en adolescentes, generando beneficios equivalentes a varios años de maduración conductual.

Asimismo, Kim et al. (2025) señalan que programas de terapia hortícola y agrícola en establecimientos educativos logran reducir significativamente la agresión física, verbal e indirecta en niños, niñas y adolescentes, fortaleciendo simultáneamente la autoestima, la autoeficacia y el respeto por la vida.

Además de sus beneficios psicológicos y sociales, la educación ambiental posee características inherentemente favorables para la convivencia democrática. Al promover proyectos colectivos, fomenta el diálogo, la cooperación y la superación del individualismo, situando la negociación y el trabajo en equipo como herramientas fundamentales para resolver conflictos (García, 1997; Vences Centeno, De la Peña Consuegra y Campos García, 2018).

Corrientes pedagógicas como la educación ambiental holística sostienen que el esfuerzo por restablecer relaciones armónicas con la naturaleza es inseparable de la necesidad de armonizar las relaciones entre los propios seres humanos, promoviendo una ética del cuidado mutuo, la solidaridad y la responsabilidad intergeneracional (Sauvé, 2005).

En este sentido, la educación ambiental puede contribuir significativamente a la construcción de culturas de paz. No constituye por sí sola una solución total frente a la violencia estructural, pero sí representa una herramienta preventiva y formativa de gran valor para fortalecer la convivencia social y comunitaria.

Por ello, resulta necesario que los gobiernos nacionales, regionales y municipales comprendan la educación ambiental no únicamente como una política de protección ecológica, sino también como una inversión en bienestar social, convivencia y salud pública. Muchos municipios y establecimientos educativos desarrollan iniciativas valiosas en esta línea, aunque frecuentemente con recursos limitados y bajo condiciones precarias.

La educación ambiental no requiere necesariamente grandes inversiones, pero sí voluntad política, continuidad institucional y una comprensión profunda de su valor social. Integrarla en las estrategias de gobernanza de los gobiernos sean nacionales o subnacionales permitiría fortalecer, en las nuevas generaciones, habilidades vinculadas al trabajo colaborativo, la empatía, el respeto y la conexión con el entorno, contribuyendo así a la construcción de comunidades más pacíficas, justas y sostenibles.